

con los mejores, y les aventajaba en posición, en medios y en liberalidades. Aun cuando la protección que ostentadamente solía dispensar fuese, en parte, hija de su vanidad y de su sed de gloria, todavía su vida no deja de ofrecernos rasgos nobles y verdaderos sentimientos de humanidad. Su modo de adquirir la biblioteca de Diderot; de indemnizar al barón Grimm de la inevitable pérdida de sus bienes, ocasionada por el torrente revolucionario; de hacer suya la herencia de Voltaire, y de proteger á los allegados de algunos hombres de importancia, fué de provechoso influjo y demuestra un talento poco común para conocer y apreciar en lo que valen los frutos del trabajo intelectual.

No es, pues, de extrañar que ante ella se quemara incienso. En la narración de Grimm se lee que este en 1773-74 y luego, casi por espacio de un año, en 1776-77, pasó una, dos, tres y más horas, y un día siete, en compañía de la emperatriz, sin que por un momento decayera la conversación, durante la cual se tocaron toda clase de cuestiones. A

juicio de Grimm, nadie aventajaba á la emperatriz en el arte de expresar con seguridad y precisión una idea, ni en concebir y razonar, ni escuchar y comprender. Recordando los atractivos de aquel cambio de ideas, conocimientos y palabras, los encantos de aquellas graciosas improvisaciones y de las plácidas horas de conversación pasadas con aquella inteligente princesa que rayaba en los cincuenta años, decía Grimm veinte años después: «Siempre será de lamentar que tales conversaciones solo hayan vivido un momento y que no hayan podido ser conservadas como un precioso apéndice á la historia del espíritu humano (1).»

La actividad y la laboriosidad de la emperatriz excedían á toda ponderación. Sabía aprovechar el tiempo: comenzaba á trabajar á las seis de la mañana, dedicando dos ó más horas á escribir y leer; luego despachaba los asuntos de gobierno y se entregaba por algunas horas al examen de los trabajos de los funcionarios. Después de comer, se hacía leer algún libro, mientras se entregaba á algún trabajo manual,



Видъ Казани во время воеводства Гавриила Романовича Державина. — Vue de la Ville de Cassan du côté du Nord-Ouest près des débordement de la Casanka

Vista de Kasan, en tiempo de Catalina II. Reduccion del grabado de Nicolás Sablin

y luego volvía á ocuparse en los asuntos gubernativos. Por la noche, ó conversaba, ó asistía á alguna representación teatral, ó jugaba á los naipes, etc., y se acostaba muy temprano. Tal era su vida, cuya regularidad observaba puntualmente, teniendo aun tiempo para entregarse á toda clase de diversiones, para jugar al billar, para cultivar jardines, trabajar al torno, etc. (2).

En la lectura y en la escritura encontraba su mayor placer, y extrañaba que causase admiración la afición de Federico II á leer y escribir, diciendo que este trabajo constituía una

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, II, 331-333. «Es preciso haber visto en tales momentos aquella cabeza singular, aquel conjunto de genio y de gracia para formar idea de su elocuencia, de los rasgos que se le escapaban, de las agudezas que se empujaban, por decirlo así, precipitándose las unas sobre las otras como las limpidas aguas de una cascada natural, etc.»

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, I, 261, X, 238; *Archivo ruso*, 1870, pág. 2,090-2,091. Voltaire poseía una tabaquera torneada por la emperatriz. *Ilustración de la Sociedad histórica*, X, 308. Catalina se levantaba antes de las seis y alguna vez (en 1763) antes de las cinco. *Archivo ruso*, 1863, pág. 424.

segunda naturaleza (3), y que ella no podría pasar un día sin escribir (4). En una carta que dirigió á Repnin un día á las siete y media, decía que su mano estaban cansada ya de escribir (5). Si se coleccionaran sus cartas, escritos, proyectos de ley, dictámenes y Memorias, podría formarse una verdadera biblioteca. En vista de esta fecundidad literaria, que se extendía á los asuntos más heterogéneos, sorprende que tuviera tiempo para despachar los gubernativos y para hablar con sus ministros. Se reservó para sí el gobierno de San Petersburgo, enterándose minuciosamente de todos los detalles referentes á la administración de la capital (6) y hasta de los relativos á la administración del teatro. En las causas criminales de grande interés, tenía la suficiente paciencia para examinar extensísimos documentos. En mil ocasiones tenía que redactar instrucciones amplias; y las

(3) *Observaciones á Demina*, *Archivo ruso*, 1878, 2, 291.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XIII, 13.

(5) *Ilustración de la Sociedad histórica*, V, 132.

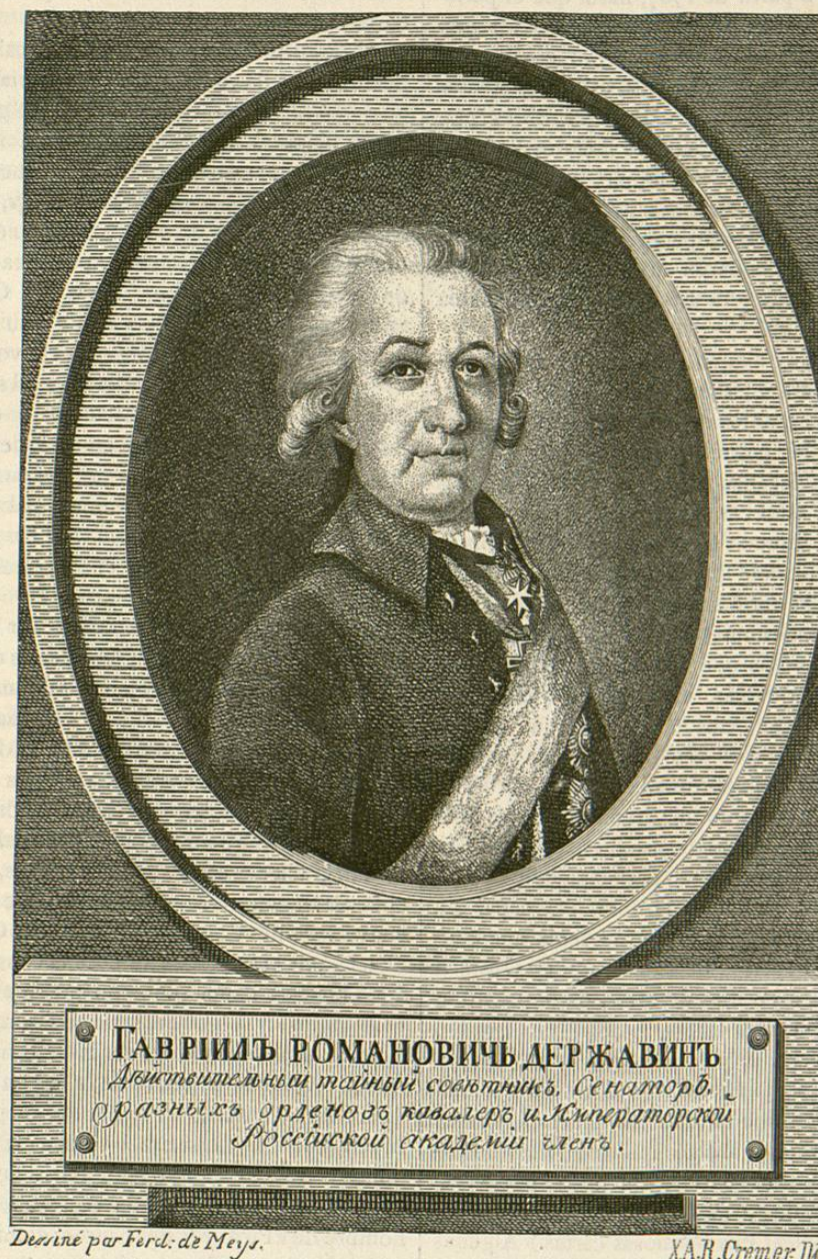
(6) Grot, *Dershawin*, VIII, 659.

innumerables notas marginales que ponía á los documentos que examinaba, demuestran la concentración con que se entregaba al trabajo. La elasticidad con que simultáneamente atendía á los asuntos más diferentes y con que vencía las mayores dificultades, es en extremo maravillosa.

Examinemos algunos rasgos de la vida laboriosa de la emperatriz independientemente de su actividad puramente gubernativa.

Entre ellos, merece lugar preferente su correspondencia. Pedro I escribió también millares de cartas, pero estas eran, por regla general, en extremo lacónicas: no podía permitirse el lujo de prolongar sus conversaciones.

Catalina II hacía todo lo contrario: solamente las cartas hasta ahora impresas llenan un gran número de tomos. De entre las personas con las cuales mantuvo correspondencia merecen citarse en primer término Federico II, José II,



Dessiné par Ferd. de Meys.

K.A.R. Cramer. Del.

Gabriel Romanowicz Dershawin. Reduccion del grabado de J. Rozonoff. Dibujo original de Fernando de Meys

Voltaire, Grimm, Zimmermann, Falconet y las señoras Geofrin y Bjelke: además pueden citarse también: Diderot, d'Alembert, Olssuyeff, Stackelberg, Potemkin, el gran duque Pablo, la gran duquesa María, Nassau-Siegen, de Ligne, Chernyscheff y otros. De sus cartas en francés nos dice quien tuvo ocasión de verlas que estaban mejor escritas que las de Voltaire (1); y en cuanto á las alemanas, un moderno investigador nos dice que recuerdan las de la señora Rath, madre de Goethe. En medio de los giros franceses anticuados, de las

faltas gramaticales y de las expresiones vulgares que en ellas encontramos, no deja de notarse un concienzudo y recto sentimiento del lenguaje usado (2). Dominaba perfectamente el ruso; y su estilo era popular, rico en giros nacionales é intraducibles, vigoroso y enérgico, flúido y elegante.

Los mejores trabajos epistolares de Catalina son sus cartas á Grimm, con quien tenía absoluta necesidad de comunicarse: cuando no podía hablar con él, le escribía. Pocos casos pueden ofrecerse de una correspondencia en la cual

(1) El abate Maury. Véase el *Siglo décimo octavo*, I, 407.

(2) K. Hillebrand, en la *Crónica rusa*, XXV, 382.

se conservasen por espacio de veinte años el mismo afecto, el mismo temperamento: y es un hecho extraordinario que la ausencia no produjese enfriamiento alguno en las relaciones amistosas y que la comunidad de intereses, ideas y sentimientos, se mantuviera por tanto tiempo á la misma altura.

Catalina estimaba en mucho la amistad de Grimm y le escribía tan á menudo como le era posible, haciéndolo en forma de Diario. Por regla general, en estas cartas apenas se hablaba de política: los asuntos de esta clase fueron tratados con mas frecuencia á partir de 1787, hasta que el período del Terror en Francia fué causa de prolijas discusiones. Grimm administraba cuantiosas sumas que le confiaba la emperatriz para la adquisición de cuadros, estatuas, piedras labradas, obras de juegos de naipes y de viajes, libros, partituras de óperas, etc., y para proteger á los literatos, artistas, realistas y allegados de Grimm. Esto último probaba cuán agradecido podía y debía estar Grimm á la que él llamaba «bondad incomprendible» de la emperatriz. La bondad de los sentimientos de esta se condensa en sus manifestaciones acerca de la familia de la señora Epinay, á la que había puesto en excelente posición.

Catalina gustaba de tener algunas bromas en su correspondencia con Grimm: «Si fuésemos prudentes, decía en una de sus primeras cartas, antes de echar nuestras epístolas al correo, las quemaríamos, porque puede suceder muy fácilmente que sean un día relegadas al archivo de las *pequeñas casas*.» Las agudezas que estas cartas contienen están dictadas por un buen humor continuo. Con frecuencia escribía la emperatriz á Grimm diciéndole que la lectura de sus «cartapacios», nombre que solía dar á sus cartas, le había hecho morir de risa. Llamaba á Grimm «artífice de galimatías de profesion.» Una de las cosas que mas le gustaban era dar rienda suelta á su afán por hablar. «Mi cabeza quiere que os escriba, decía en cierta ocasión; de fijo que ya no intentareis leer mis cartas; por eso os aconsejo que las arrojeis al fuego.» Porque le importunaba con sus cartas le llamaba *souffre-douleurs*, expresión que traducía por las alemanas de «Schmerzdulder», «Schmerzshalter.» Agradecíale de todo corazón que comprendiera tan perfectamente cuanto le decía y sostenía que nadie, como Grimm, era capaz de identificarse con sus ideas. Una vez dijo que tenía que constatar dos cartas del rey Federico de Prusia, tres de Gustavo de Suecia, dos de Voltaire y varias de otros, pero que no le daba gusto alguno escribir tales cartas, «porque era preciso poner atención al escribirlas, al paso que con vos, Grimm, charlo y no escribo nunca y prefiero dejar correr mi mano, mi pluma y mi cabeza por donde mas les plazca.» «Si os casais, escribía en alemán á su amigo, que á la sazón contaba 56 años, podreis ver por espacio de muchos años á vuestra cara esposa adornada de *papillotes* que nada os costarán; para hacerlos podeis emplear mis hermosas cartas.» Algunas veces usaba expresiones como estas «somos unos charlatanes,» «mi tarea consiste en hacer garabatos;» «yo creo que desde arriba dirán que vos y yo hemos sido precisamente criados para tener de continuo la pluma en la mano y escribirmos sin cesar;» expresiones que indican cuánto placer encontraba en tal correspondencia (1). No sin razón califica Grimm las cartas de la emperatriz de «olla podrida imperial», pues ella misma observa: «lo que os escribo es una pasta confusa, un

(1) Así explica su manera de escribir aquellas cartas: «Siempre os escribo con gran prisa, teniendo en la mano izquierda vuestros cartapacios, mientras que la derecha traza garabatos, leyendo y exponiendo las ideas que vuestro cartapacio me sugiere. Así nacen la mayor parte de esas obras maestras, que luego son expedidas y os hacen reír, llorar, echar pestes, jurar, adivinar, patear, gritar, agitar y correr de aquí para allí, sin saber porqué.»

conjunto de cosas revueltas tales como acuden á mi mente.» Repetidas veces suplicaba á Grimm que quemara sus cartas, pues no estaban destinadas á pasar á la posteridad, y le pedía que por lo menos las tuviera tan guardadas que en cien años no pudiesen salir al público. Casualmente ha trascurrido ese plazo sin que tales cartas hayan sido publicadas. Durante la revolución francesa, escribió Catalina (en alemán): «De continuo estoy temiendo que os ahorquen para apoderarse de mis cartas, y este sería un golpe funesto, porque Dios sabe cuánto escribe esta pluma cuando comienza á correr.»

El rasgo principal que en estas cartas se observa es el buen humor, la sal cómica y la alegría inextinguibles: el lenguaje en ellas empleado es un fuego granado de agudezas y de picantes epigramas. Catalina no solo empleaba las palabras que estaban en uso, sino que inventaba otras nuevas, tales como *gironetterie*, *touppillage*, *pancarter*, *souffre douleurieu*, etc.: habla de su *epístola á los Grimmalianos*; ya á las obras de Voltaire publicadas por Beaumarchais el nombre de *obras de Voltaire figurizadas*, etc. Ora habla de sí misma en tercera persona, ora apostrofa á su amigo tuteándole; ya le aplica los mas gratiosos calificativos, como «Heráclito,» «Jorge Dandin,» «el señor hereje,» «el señor baron,» «el señor filósofo,» «el Solon de Alemania,» etc.; ya emplea palabras italianas, escribiendo en vez de *mais, ma*, en vez de *celui la, sti-la*, y terminando todas sus cartas con la expresión *basta per lei*; otras veces pone al final de estas las siguientes palabras *Adieu, portez vous bien si vos pouvez*, y las escribe con letras tan grandes que cuatro líneas bastan para llenar una página.

Es punto menos que imposible dar por medio de ejemplos á las personas que no han leído estas cartas, una idea del estilo alegre y jugueton que en ellas domina, de la finura, de la gracia que se observan en esas bruscas sacudidas del pensamiento, en esa olla podrida, efecto de la inspiración de un buen humor del momento. La lectura del tomo que las contiene no deja también de ofrecer sus dificultades: en ellas encontramos con frecuencia juegos de palabras ininteligibles, giros tan gratiosos como convencionales, nombres satíricos difíciles de descifrar, referencias á lo que habían dicho en sus conversaciones Catalina y Grimm, etc. Cuando trata del rey de Suecia, por ejemplo, se vale de la expresión «los especieros;» á los ingleses llama «comerciantes de paños;» á los turcos «morabitos» y á los revolucionarios franceses «pobre gente.» «Jacas» son los hombres de Estado ineptos y poco independientes. Cuando se habla de la «sopa de guisantes» ó del «puré de guisantes,» se hace referencia á los diplomáticos. Muchas son las personas á quienes la emperatriz no designa nunca con su verdadero nombre. El favorito de Catalina, Mamonoff, es llamado por ella «casaca roja;» Korssakoff lleva el nombre de «Pirro, rey del Epiro;» el ministro prusiano, Hertzberg, el «abotonado» ó «el hielo» ó «el conde de Montorgueil;» á Gustavo III le llamaba en broma «Falstaff» ó «Antonino;» á Federico II «Herodes,» etc. etc.

Grandes atractivos ofrece el empleo frecuente de refranes tales como *ce qui vient à la flûte s'en va au tambour* (los dineros del sacristan, cantando se vienen y cantando se van); *à bon chat bon rat* (donde las dan las toman), etc. A menudo cita también pasajes de novelas y de comedias, como Tristán Shandy, el Figaro de Beaumarchais, el Don Quijote, las comedias de Molière, etc.

En medio de todo esto, encontramos, á manera de apéndices, largas y gratiosas digresiones, en las cuales se muestra en todo su esplendor el buen humor de Catalina. A este género pertenece la larga «Relación auténtica de un viaje que hizo á Ultramar Sir Leon, gran escudero, por consejo

de sus amigos;» ridícula gasconada en la cual se narran, á modo de novela, en cinco capítulos toda clase de aventuras de un supuesto viaje de Naryschkin á Oriente. En una ocasión fingió la emperatriz una carta de Lanskoj á Grimm, apropiándose el papel del secretario particular del favorito, lo cual dió márgen á una porción de escenas cómicas. Durante su permanencia en Moscov (1785), escribió una especie de memorias periódicas en las cuales se hablaba de toda clase de peligros, rebeliones del pueblo y de una fuga semicriminal de la emperatriz y de su séquito.

Algunos de sus pensamientos son en extremo gratiosos: «Cuando vea en el otro mundo á César, decía hablando del personaje de Don Basilio en el *Barbero de Sevilla* de Beaumarchais, le recomendaré la lectura de esa comedia.» En otra ocasión, hablando de Confucio, dijo que este y Voltaire habían de avenirse en todo. Decía también que la lectura de las leyes del reino de Nápoles era «un específico contra toda explosión volcánica» y que si se ponía aquel código en el cráter del Vesubio, cesarian todas las erupciones. El arte con que Catalina hace ligeras observaciones sobre los hombres y los libros, establece las mas cómicas comparaciones, hace burla y desprecio de las personas, finge enfados ó se entrega á las mas aventuradas combinaciones de pensamientos, está pintado en una carta que escribió á Grimm y en la cual dice á este: «pero ¿sabeis lo que somos vos y yo? dos charlatanes que razonan con sagacidad (1).»

Repetidas veces hemos tenido ocasión de hacer notar las aficiones y dotes de publicista que poseía la emperatriz, que se distinguía por su fuerza en la polémica. Cuando se trataba de justificar, en una nota, la política rusa, ó las intenciones de la Rusia, Catalina enristaba gozosa la pluma. La guerra sueca exigió una porción de documentos de controversia que en parte fueron redactados por la emperatriz, entre cuyos papeles se han encontrado un número considerable de borradores de manifiestos, trazados de su puño y letra. Cuando leía un libro, como la «Historia de Federico el Grande» escrita por Denina, ó el «Telémaco» de Fenelon (2), solía contradecir al autor, por medio de vivas observaciones en notas marginales. Así en lo referente á principios generales y á teorías, como en lo relativo á detalles de la vida real, sabía añadir, por regla general, muchas cosas á sus lecturas. A una pregunta que una vez le hizo Diderot respecto de Rusia, contestó con una serie de escritos, en los cuales se hablaba de la población, de las relaciones de clase, de la producción agraria y de las demás en Rusia (3). Al publicar Chappé d'Auteroche un libro sobre Rusia, no titubeó en contestarle con una enérgica obra de polémica, en la cual colaboraron muchos publicistas (4).

También encontraba la emperatriz un placer en el modesto ejercicio del periodismo. En 1783 apareció una revista redactada por la princesa Daschkaw y titulada *Sobessjednik* ó «Diálogos del protector de la literatura rusa», que tuvo, durante el año de su existencia, por principal colaborador á la emperatriz. Esta revista era muy leída á causa de

(1) Véase mi trabajo sobre la correspondencia con Grimm en la *Revista rusa*, XVI, 419 y 482.

(2) Véanse sus observaciones relativas á la lectura del *Telémaco*, en el *Archivo de Ruskij*, 1863, pág. 380.

(3) *Archivo de Ruskij*, 1878, III, 1-15.

(4) En el *Antídoto* escribieron: Catalina, Falconet, la Daschkaw, Andrés Schuwaloff y el conde Mussin Puschkin. Véase el *Archivo de Ruskij*, 1881, III, 254. Acerca de esta cuestión, véase el *Siglo décimo octavo*, IV, 463. Sobre esta polémica, la emperatriz estuvo en correspondencia con Falconet, la Bjelke y otros. La cuestión del origen y composición del libro, necesitaría una investigación detallada. El libro apareció en 1770 con el título de *Antídoto, ó exámen de un mal libro titulado: Viaje á Siberia*.

los escritos satíricos y anónimos de Catalina, firmados con el pseudónimo de «Byli i Nebylzy» («Verdad y Poesía») y que rebosaban gracia y buen humor. La Academia costeaba la publicación, en cuyas páginas se insertaban trabajos del célebre poeta Dershawin y del conocido publicista y autor dramático de Wisin. Lo que mas atractivo daba á los trabajos de Catalina eran los gratiosos bocetos de algunos elevados personajes de la sociedad rusa. Los que los leían procuraban adivinar á quién se referían aquellos retratos, que se presentaban en lenguaje relativamente inofensivo y cándido, á la manera de ciertos periódicos satíricos modernos. Así por ejemplo, para describir á un hombre orgulloso, presumido y egoísta, sirvió de modelo Choglokooff, á quien se menciona también en las Memorias de la emperatriz (5) y cuyas extravagancias eran objeto de burla: también el gran chambelán, Schuwaloff, sirvió de blanco á la sátira de Catalina, etc. Como es natural, algunas alusiones de estas son hoy incomprendibles, pues los contemporáneos poseían la clave de algunos enigmas, que hoy no podemos descifrar.

Hasta qué punto Catalina dejaba la púrpura imperial para tratar de igual á igual con sus súbditos, nos lo dice la circunstancia de que guardaba silencio cuando sus escritos merecían algunos ataques y originaban polémicas en las páginas de la revista. Catalina en parte redactaba por sí misma las contestaciones á las preguntas atrevidas de Wisin, en parte las confiaba á la redactora de la revista. Cuando la emperatriz comenzó á publicar en esta algunos trabajos relativos á la historia de Rusia, tuvo un crítico la audacia de censurar en ellos algunas desigualdades de estilo, lo cual le valió que la redacción de la revista, seguramente á instancia de la emperatriz, se burlara de él con el mayor gracejo. Por lo demás, aquel juego literario tocó pronto á su término: el artículo final que con el título de «Testamento» escribió Catalina es enérgico y satírico. Con tales pruebas, puede venirse en conocimiento de que la emperatriz no solo podía contender acerca de la literatura francesa con las lumbreras de esta, sino que podía ponerse al lado de los mejores escritores rusos (6).

La actividad literaria de la emperatriz abarcaba los géneros mas diversos: escribía novelas y cuentos, libros de enseñanza para su nieto, coleccionaba toda clase de preceptos pedagógicos y refería en sus Memorias su propia historia hasta el año 1785, etc.

Una de las especialidades literarias de la emperatriz eran sus producciones dramáticas que se representaban en el teatro del Eremitage ante un público compuesto de cortesanos admiradores y de aduladores diplomáticos y que despues de haber producido gran efecto en aquella época, no ofrecen hoy mas interés que el de meras antigüedades ó curiosidades literarias.

En 1788, en medio de la excitación y de los apuros producidos por la guerra sueca, la actividad literaria de la emperatriz tomó gran vuelo, porque hizo de Gustavo III el blanco de sus sátiras. Chrapowitsky observa en su *Diario* (día 27 de julio) que se había visto en la precisión de borrar algunos versos franceses referentes á Gustavo III. Al día siguiente, cuando se recibió la noticia de la retirada de los suecos, comenzó Catalina á trabajar en una ópera

(5) El que dude de la autenticidad de las *Memorias* de la emperatriz publicadas por Hergen, no tiene mas que comparar la página 100 de las mismas y el pasaje correspondiente insertado en el «*Sobessjednik*» (*Ilustración de la Sociedad histórica*, XX, 530) para convencerse de que son auténticas.

(6) Véase sobre esto el trabajo de Grot en el tomo XX de la *Ilustración de la Sociedad histórica*, pág. 525, 542.